

El Zapatero Frances



Hace muchos años en Nantes, se le obsequió una Biblia a un mendigo. Ese era diferente de sus compañeros en que sabía leer; y cuando él se dio cuenta que la Biblia fue desconocida en los pueblos y aldeas por donde pasaba en su vagancias, se le ocurrió una buena idea de aumentar sus ganancias por leer una porción del libro a los que estaban dispuestos a escucharle y capacitados de pagarle.

Un día el mendigo se detuvo frente al taller de un ancianito que se ganaba la vida haciendo zuecos o zapatos de madera que calzaban los campesinos franceses. El mendigo pidió una limosna al zapatero.

“¡Tú me pides limosna a mí!” exclamó el ancianito. “Yo soy tan pobre como tú”.

El mendigo contestó: “Si no me quieres regalar una limosnita, entonces dame un sou (una ficha francesa equivalente a un centavo) y yo te leeré un capítulo de la Biblia”.

“¿Un capítulo de dónde?”

“De la Biblia”.

“¿Pero qué libro es este? Jamás he oído de él”.

“Es el libro que nos cuenta de Dios”.

El ancianito zapatero curioso de saber algo del contenido del libro dio al mendigo un sou. Entonces el mendigo sacó su libro maravilloso y, sentándose en una banca, comenzó a leer.

El zapatero quedó encantado al oír la historia de la visita y conversación de Jesús con Nicodemo, y especialmente le impresionó el versículo que dice: “Porque de tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito, para que todo aquel que en él cree, no se pierda, mas tenga vida eterna”. Y antes de que el mendigo terminara su lectura con las palabras: “El que cree en el Hijo tiene vida eterna; pero el que rehúsa creer en el Hijo no verá la vida, sino que la ira de Dios está sobre él”, el ancianito estaba muy ansioso de oír más y suplicó: “Sigue, sigue”.

“Oh, no,” contestó el mendigo. “Sólo un capítulo por un sou”.

El zapatero no pudo pagar más sous, porque era muy pobre; sin embargo rogaba al mendigo decirle donde había conseguido este libro maravilloso. El mendigo le contó que un pastor en Nantes se lo había obsequiado y, despidiéndose, siguió su camino.

Una mañana, pasados unos quince días, el zapatero asustó a su hijo encargándole el taller mientras él iba a Nantes.

“¡A Nantes, Papá!” dijo el hijo. “¡Ni pensar tal cosa! Queda a más de sesenta millas”.

“Eso sé pero yo he decidido ir a Nantes”. Vano era el esfuerzo de disuadir el viejito, por lo tanto agarró camino y por fin llegó al pueblo. Buscó al pastor que tenía una librería en donde vendía Biblias.

“¿En qué le puedo servir?” preguntó el pastor.

“Señor, me contaron de que aquí puedo conseguir un libro que cuenta de Dios”.

“Oh, ¿usted busca una Biblia?”

“Sí, Señor, eso es. Me gustaría mucho tener una”.

“Y, ¿qué precio de Biblia quiere usted?”

“¡Precio, Señor!” exclamó el ancianito.

“Cómo no. Aquí no regalamos Biblias”.

“Pues, yo no puedo comprar una, Señor. Un mendigo me contó que usted le había obsequiado una y yo soy tan pobre como él”.

“¿De dónde viene, mi Amigo?”

El zapatero le dio el nombre de la aldea en donde vivía. El pastor, dándose cuenta de la gran distancia, preguntó: “¿Y cómo vino acá?”

“A pie”.

“¿Y cómo va a regresar?”

“A pie”.

“¿Usted me dice que a pesar de ser tan viejito, dispuso hacer un viaje de ciento veinte millas para conseguir una Biblia?”

“Sí, Señor, y me consideré ampliamente recompensado si logro obtener una”.

“Si es verdad lo que me dice, aunque sea la última que voy a obsequiar, ciertamente le voy a obsequiar una. ¿Qué tamaño de Biblia le gustaría? Probablemente una con letra grande. Usted sabe leer bien supongo”.

“Oh, no. Ni sé una sola letra”.

“¿Qué va a hacer con la Biblia si no sabe leer?”

“Mi buen Señor, tengo una hija que sabe leer, y hay otras personas en mi aldea que también saben leer. Le ruego que me regale una Biblia”.

El pastor le regaló la Biblia y el ancianito zapatero, una vez más en su aldea, invitaba a la gente a su casa en las noches. Las personas que sabían leer, leyeron por turnos. Los demás escuchaban.

Pasados seis meses, el zapatero hizo otro viaje a Nantes. El pastor muy sorprendido al verlo, le preguntó: “Amigo ¿por qué se dejó venir otra vez?”

“Oh, señor”, contestó el ancianito. “He estado muy equivocado, muy equivocado, Señor”.

“¿Quién le contó que estaba muy equivocado?”

“El libro, Señor. La misma Biblia lo dice”.

“Verdad y ¿qué dice la Biblia?”

“Me dice que durante toda mi vida he estado equivocado. Yo, un pobre pecador, siempre he estado orando a la virgen María. Encuentro en el libro que ella necesitaba de un Salvador tanto como yo. El libro nos cuenta que ella se regocijaba en Dios su Salvador. Así es que ella necesitaba tanto de un Salvador como yo. Me cuentan que ustedes tienen una religión que está de acuerdo con la Biblia y si me hacen el favor, quiero hacerme uno de ustedes”.

“Pero para hacer eso, mi Amigo, tenemos que catequizarle y después examinarle”, contestó el pastor.

“¿Catequizarme y después examinarme? Yo soy un ancianito de más de setenta años de edad. No sé cuántos días me restan. No tengo tiempo que perder”.

Inmediatamente el pastor reunió a unos ancianos de la iglesia y le preguntaron al ancianito: “¿Qué sabe del Señor Jesús?”

El zapatero contestó: “Y aquel Verbo fue hecho carne, y habitó entre nosotros (Y vimos su gloria, gloria como del unigénito del Padre), lleno de gracia y de verdad”.

“¿Qué nos puede decir acerca de su muerte?”

“La sangre de Jesucristo su Hijo nos limpia de todo pecado”.

“¿Cuáles son los deberes de los creyentes en Cristo Jesús?”

“Cómo habéis sido comprados por precio: glorificad, pues a Dios en vuestro cuerpo y en vuestro espíritu, los cuales son de Dios”.

“Mi estimado Amigo,” dijo el pastor, “si estas palabras expresan su corazón, usted ha sido enseñado por Dios mismo y no tenemos ninguna inconveniente en recibirle como uno de nosotros y por lo tanto le damos la bienvenida como hermano”.

El ancianito fue recibido en comunión plena y mostraba con la confesión de sus labios y por el cambio de su vida, los resultados maravillosos que vienen por oír la Palabra de Dios y recibirla por fe sencilla.